

El alma del Colón

Retratos de la gente que le da vida al Teatro Colón, una maravilla que se remozca para llegar impecable a su centenario, en mayo de 2008.

- INFOGRAFIAS
- FOTOS



Bailarines. Se forman en el Instituto de Arte del teatro, con los mejores profesores de danza. Hay 250 alumnos; 171 se dedican al ballet.

1 de 6

Leonardo Torresi

ltorresi@clarin.com

Como un barco de lujo; abajo hay transpiración, arriba, pasajeros de abono y ocasionales de visita guiada y foto de recuerdo que pasean entre dorados y terciopelo, que en adelante será ignífugo, pero siempre bello. Como un estado que se autoabastece y en el que todo se hace justo a tiempo -400 trajes, 280 pares de zapatos, 80 pelucas-, surcando el papelerío. Así es este lugar donde un hombre vestido de trabajador esculpe con fondo de zamba el mismo dragón que después hiere, cuando pone a descansar el cutter clavado en la carne falsa del falso animal. A la misma hora, en una cocinita, otro hombre escucha ópera, y dos pisos más abajo un compañero camina nevado por el telgopor que usa para allanar más dragones, o unos guerreros chinos por pedazos; y mientras, unos pasillos más allá, alguien empuña una lanza que por definición es de utilería, pero que muy bien podría matar. Todos ellos podrían figurar en unas imperiosas *memorias del subsuelo* del Teatro Colón, que vienen al caso en la cuenta regresiva hacia la gran ocasión de los cien años.

Edificio mezcla de estilos, circulado de pasillos con paredes de mosaicos, el Colón también podría compararse con una de esas casas viejas con madres con afición de museólogas, donde a lo largo de un siglo se fueron juntando cosas, y ahí siguen casi todas. Por qué no imaginar, en este ánimo, un apasionante juego de chicos que consista en perderse libremente a la caza de unos cuantos tesoros escondidos: una vaca violeta, un pobre Cristo manco, unas fotos de chicas vestidas a medias, un Perón de a caballo, un póster del Huracán campeón de 1990.

Que están, están, en algún lugar de edificio. Igual que un gran plano desplegable del Luna

Park, que, en este caso no hace de póster. Es una señal del momento que vive el teatro. Ocurre que a partir del 1º de noviembre la sala cerrará hasta mayo de 2008, cuando el edificio cumpla su centenario. Y ya la última ópera de este año -*Turandot*, de Giacomo Puccini- se hará en el estadio de Corrientes y Bouchard.

Por eso el plano del pariente profano está en la pared del taller de mecánica escénica. En esta gran herrería, con fragua para metales y todo, preparan unas estructuras que servirán para sostener unos estandartes en la tribunas del Luna. Como no irán a atornillarlas en casa ajena, los herreros las dotan de un cubículo en la base, para colocarle pesas y que no se caigan. Una solución argentina para estos pequeños problemas.

El taller, probado está, también puede transformarse en una industria de fantasía bélica. "Hace unos años nos tocó fabricar 80 espadas. Por supuesto, se podían hacer de materiales livianos y disfrazarlas. Pero el realizador quería realismo. Que hicieran ruido", evoca Carlos Carrión, segundo jefe del taller, 28 años en el Colón.

¿Eso es mucho tiempo? Bueno, son seis años menos que los que lleva Carlos Suárez, encargado del depósito de utilería, allí donde debiera estar guardada la tanda de espadas. Hay, por lo menos, unas cuantas decenas de lanzas alineadas en estantes, como tacos de billar. Y más estantes con cascos, y escudos.

Por momentos uno cree estar de visita en el galpón de Ricardo III o en un cuento tenebroso, caminando entre cruces de cementerios apiladas, y jaulas con pájaros que sólo lo deben parecer desde lejos; desde al lado son unas figuras feas y deformes. Pero enseguida nos reintegran al mundo gentil: "El de los cuernos te lo tenés que poner vos", invita un operario a un compañero que posa para la foto con una cabeza de ratón en la cabeza. Al rededor, todo bajo un polvo que después se lleva a la calle adentro de la garganta, hay algunas cosas raras, pero raras en serio. ¿Por qué no usar un rueda de auto verdadera, algo tan simple de conseguir, en lugar de fabricar una de cartón pintado, como la que está arrumbada junto a la cabeza de un chacal egipcio?

Existe una lógica de depósito, seamos justos: los objetos están separados por ballet, por ópera y por temas. Hay un sector "de fuentes" (o partes de fuentes). Un nivel más abajo -los muchachos bajan por una escalerita de mano- reparan lo que se puede volver a usar: "Trabajar acá es una cosa hermosa. Pura fantasía", dice el encargado Suárez.

En el depósito hay de todo, pero a veces alguna cosa falta: un casco prusiano, por ejemplo, como pasó hace unos días. Pero aquí todo se resuelve, y, adaptación mediante, un casco románico cobró enseguida cobra su nueva apariencia.

DE PELOS Y PIEDRAS PRECIOSAS

Menos polvo hay en el taller de escenografía, en el tercer subsuelo. Trabajan para la ópera *Boris Godunov* -estrenada el 15 de octubre- y para *Turandot*. Son 35 personas, egresados de Bellas Artes que entraron al teatro por concurso. "Es así porque tienen que dibujar y pintar muy bien. Pero después hacen falta ocho años acá para que estén bien formados", explica Gerardo Pietrapertosa, el segundo jefe.

El diseño de escenografía lo hace un realizador invitado que trabaja junto al regisseur (el responsable de la puesta en escena). Y en el taller ejecutan a partir de bocetos. "Cada trabajo es como un hijo", compara Pietrapertosa.

Si 28 años trabajando en un mismo lugar es mucho, y 34 más todavía, cómo se sentirá ir por los 38 años. Ernesto Ferreiro, jefe de peluquería y maquillaje, llegó a esa marca. En su taller se ocupan de pelucas, máscaras y tocados; "de todo lo que vaya en la cabeza, menos sombreros". También de la bijouterie que, hablando de historias con monarcas y demás grandes señores y señoras, debe simular mucho lujo. "Acá no hay rubíes. Llegamos hasta el cristal de roca", explica Ferreiro. Un secreto eficaz es alternar alguna piedrita brillante con otra de plástico. Funciona: después de todo, en la sala nadie está a menos de ocho o nueve

metros. Los "peluqueros" son 16. Para Boris tuvieron que armar 80 pelucas. Usan pelo natural y sintético. "La tarea es muy exigente -amplía Ferreiro-; antes había espectáculos con temporadas de dos o tres años. Ahora cada obra a veces tiene cinco funciones. Y hay que cambiar todo."

"RAPIDO, PRACTICO Y LIVIANO"

Juan Carlos Valle, del taller de escultura, empatiza con Suárez, el encargado del depósito: 34 años en el Colón. Como sus compañeros, siete personas más, pasa el día entre el telgopor: de ese material se hacen las esculturas que luego lucen tan rotundas sobre el escenario. Ahora están armando unos soldados chinos, que primero son un boceto (una pequeña escultura). Después, en partes -el telgopor viene en bloques de 2 metros por 1-, se arman las figuras grandes. Una vez terminadas, son pintadas por los escenógrafos.

Antes, las esculturas se trabajaban con la cabeza en arcilla y el resto con madera y alambre de gallinero. Una reliquia confeccionada así, un Cristo, conservó y tiene colgado en las alturas Antonio Gallelli, jefe de maquinaria escénica. El que está a su cargo es el taller más numeroso del Colón: trabajan 70 personas. No exactamente, pero es algo así como la arpantería del teatro. El jefe está en el promedio de antigüedad en el teatro: 36 años. Italiano, hijo de un pintor amante de la ópera, conoce el Colón desde muy chiquito. "Rápido, práctico y liviano... y adecuado al presupuesto": esa es la fórmula del éxito en un taller donde montan estructuras de más de 10 metros, tres pisos. Hace poco tuvieron que construir una estación de tren. Y también el tren. Ahí está todo desarmado, listo para viajar al depósito. "Todos los realizadores tienen exigencias distintas -dice Gallelli-, por eso aquí nunca hay rutina. Es un trabajo que me gusta de alma."

EXPERTOS EN CALZADO

Para entrar como zapatero al Colón hay que ser bastante prodigioso. "Tener un nivel más que bueno", en las palabras de Norberto Canela, que comanda el taller. Hay diez personas más, todos oficiales zapateros. "Hacemos trabajos finos -dice-, pero el criterio siempre es sacrificar la vista frente a la comodidad. El espectador no puede ver detalles mínimos, pero para los artistas los pies son una herramienta de trabajo."

En la zapatería, que tiene un depósito con 20.100 pares de zapatos, también fabrican armaduras y pistoleras. Menos las zapatillas de punta de los bailarines, hacen todo. En una de las óperas atienden a 280 personas. Eso implica preparar el calzado, pero también estar atentos detrás del escenario. "A veces hay un cambio de zapatos cada dos minutos", cuenta Gladys Ozafrán, segunda jefa. Es un trabajo complejo porque cada par de zapatos corresponde a una persona puntual: si calza 41, no le pueden dar un 38. Además, el pie puede ser distinto. En resumen: no se puede fallar.

UN OSO ENTRE LOS TRAJES

En la sastrería del Colón hay agitación. A días del estreno de la próxima ópera hay que dejar listos unos 400 trajes, para solistas, coro y figurantes. La mitad se hicieron a nuevo; los demás fueron recuperados. "Adaptados a las medidas, con algún detalle que se agrega", cuenta la segunda jefa del taller, Ana María Amato. Con ella trabajan 46 personas, la mayoría mujeres. Guardar la ropa y después encontrarla no es un asunto menor. En el depósito de sastrería hay unos 90.000 trajes. Están en unos pasillos llenos de armarios, y cada obra tiene un número asignado. Ana María, responsable de que todo funcione bien, algo domina: entró al Colón hace 41 años, cuando tenía 18. "Acá el trabajo es artesanal e imaginativo", sostiene, mientras saca una percha con una casaca hecha con chapitas encimadas, que simulan una armadura. Los precios en dólares y la escasez de telas en dorado y plateado complican la provisión, pero lo que se busca siempre se consigue. Ana María muestra los sombreros que se fabrican en el taller; y lleva de recorrida entre mil y un trajes de reyes, princesas y mendigos, y en el paseo encontramos un traje de oso con sus patas de suela de goma.

LA FABRICA DE BAILARINES

En todos los sectores ya van acomodando las cosas para saber cómo van a trabajar durante el año y medio en que el teatro funcionará sala afuera. En el Instituto Superior de Arte, donde no se modelan dragones sino las futuras estrellas del Colón, ya tienen claro el esquema: seguirán funcionando en el edificio, salvo los cuatro primeros años de la carrera de ballet, que irán a un estudio cercano. Como hay chicos de ocho años, las razones de seguridad durante la obra se imponen.

En el Instituto se estudian cinco carreras: danza clásica, canto lírico, regisseur, dirección musical de ópera y caracterización teatral. De los 250 alumnos, 171 son de ballet: chicas y chicos hasta los 17 años. Los varones son una tercera parte, una proporción alta. "De a poco se van rompiendo los prejuicios culturales", sostiene Ana María Massone, la directora del Instituto que formó a los mejores bailarines argentinos.

En este centro de formación de alta excelencia, el criterio de selección (y de permanencia) es muy estricto. Bien que lo sabe Luis Pereiro, un arquitecto que lleva 15 años trabajando en el teatro, en diferentes áreas. Ahora está a punto de recibirse de *reggiseur*, después de tres años de estudio. "Hay que esforzarse. Pero es el Colón. Vale la pena".

Mas información

El Colón sale a recorrer la ciudad"

La obra de puesta en valor del Colón lleva seis años. "El edificio tiene que llegar al centenario en el mejor estado posible", explica Silvia Fajre, Ministra de Cultura del Gobierno de la Ciudad. Recalca el esfuerzo de haberla encarado a teatro abierto. "Cuando la obra llegue a la sala principal, el teatro no cierra: sale a recorrer la ciudad, desde el Luna Park hasta salas más chicas". Si custodiar la acústica "es una de las grandes premisas", según explica Sonia Terreno, coordinadora general del *Masterplan*, el fuego es el gran temor. Los terciopelos, por ejemplo, tendrán el mismo gramaje y calidad, pero serán ignífugos. Como el criterio es que todo se conserve igual, cada elemento pasa por un análisis de laboratorio: desde los finos dorados hasta los simples revoques.

El *Masterplan* se realizó con el asesoramiento de relevantes especialistas locales y extranjeros. Dieron su opinión, entre otros, el director escenotécnico de La Scala de Milán, Franco Malgrande; el especialista en acústica Higinio Arau; la restauradora del teatro La Scala y de La Fenice, Elizabetha Fabri; y la restauradora del Santo Sudario, Irene Tomedi.